

1

DIEZ AÑOS ATRÁS

UNIVERSIDAD DE LA CIUDAD DE NUEVA JERSEY

No podía dejar de mirarla. Era incapaz.

Sus ojos se negaban a despegarse de la pantalla del móvil mientras sus dedos se movían para pasar de una foto a otra. Apenas se centraba en aquellas que mostraban paisajes o succulentos platos de comida. Le importaban una mierda.

No, lo que a él le gustaba ver era el drástico cambio que su mejor amiga, o mejor dicho ex mejor amiga, había sufrido con el transcurso de los años. Poco quedaba de la niña con la que él había vivido los mejores años de su vida, de la única persona que lo había comprendido y apoyado.

Los rasgos de su rostro eran más sensuales y maduros. La inocencia había desaparecido de aquel par de ojos color canela. Aun así, seguía siendo ella. Su Sally, la única razón que lo ataba al pasado y hacía que el remordimiento ardiera en sus entrañas.

Siendo apenas un adolescente, se había marchado de Valley's Moon, Pensilvania, para mudarse al estado de Nueva Jersey. Su madre había encontrado un buen trabajo como dependienta que posibilitaba que pasara más tiempo junto a su nuevo novio. Phylox no lo conocía, ni quería. Apenas durarían más de un mes.

Así de frágiles eran las relaciones de su madre con otros hombres. Demasiado fría para amar a nadie, demasiado orgullosa como para permanecer sola mucho tiempo.

Phylox pasó a otra foto y suspiró.

Sally sonreía junto a una chica rubia de ojos azules. Ambas llevaban un sombrero de *comboy*, y parecían pasárselo bastante bien. Desconocía dónde se encontraba, pero debía de ser un centro comercial. Se veían tiendas al fondo y bastante gente pasear por una avenida. Se fijó en los carnosos labios que poseía y en los relucientes dientes blancos que mostraba.

Tan guapa que lo aturdió.

Y feliz, como si ella no se acordara de él. Como si no fuera más que un lejano recuerdo. O quizá ni siquiera lo fuera.

Phylox apretó los dientes. ¿Qué demonios se esperaba? Él había decidido mantenerse alejado de ella.

Cada dos meses, su madre iba a Pensilvania para echarle un vistazo a la casa. El polvo se acumulaba y los recuerdos se volvían más y más dolorosos. Por eso él no regresaba. El fantasma de su padre lo seguía como una segunda sombra. Le aterraba ir y encontrárselo allí, a pesar de ser imposible, pues estaba muerto.

Phylox contuvo un gruñido al recordar una de las últimas veces que lo vio.

Su perdida y opaca mirada clavada en él, con los labios fruncidos en un rictus amargo mientras fumaba. El pelo se le pegaba al rostro debido al sudor y un intenso olor a alcohol salía despedido de su piel. Siempre perdido en sus pensamientos, alejado de la realidad.

Y de su propio hijo, que había aprendido con el tiempo que captar su atención era misión imposible.

Durante toda su infancia, Phylox había echado en falta una figura paterna. Su madre tampoco se lo había puesto fácil, pues nunca hizo nada por aliviar el acoso que recibía en el colegio. Según ella, eran oportunidades que la vida le ofrecía para fortalecerlo. Repitió algún que otro curso hasta que ese año llegó.

El año que cambió su vida.

Cuando conoció a Sally Stewart.

Phylox pasó las fotos hasta que vio otra de ella, junto a un enorme árbol de navidad. Las miles de lucecitas de colores que decoraban el árbol se reflejaban en su rostro. Su melena castaña estaba recogida en dos trenzas y llevaba un gorro de Papá Noel en la cabeza.

Una involuntaria sonrisa curvó sus labios antes de que un amargo recuerdo llegara hasta él.

En la última visita de su madre a Valley's Moon, y coincidiendo con la época navideña, Sally se le había acercado. Según Odette, preguntó por Phylox, por cómo le iba, y si era posible contactar con él.

Su madre, cuya hostilidad hacia Sally siempre fue palpable, ni siquiera le contestó antes de continuar su camino.

Pobre Sally, siempre preocupándose por los demás y nunca siendo correspondida...

Fue ese momento cuando Phylox se sintió como el mayor gilipollas de todos. Mientras él se dedicaba a espiarla en las redes sociales, él mismo le impedía saber sobre su vida. Fue egoísta, y seguía siéndolo, pero Sally era la única que podía hacerlo volver al pueblo.

Y él no estaba preparado.

No, todavía no.

Necesitaba tiempo. Necesitaba acabar la universidad y cerrar aquel capítulo de su vida.

—¿Todavía sigues ahí? —le preguntó Max, que apareció en la habitación junto a Julie, una chica rubia de ojos azules.

Phylox alzó una ceja antes de encogerse de hombros.

—Ya estoy vestido.

—Hola, Phylox —le saludó Julie con una tímida sonrisa. Llevaba un corto vestido plateado que acentuaba las curvas de su cuerpo.

—Hola —le respondió antes de echar otra ojeada a la foto de Sally.

En un principio, la rubia se mostró interesada en Phylox. Más de una vez había intentado invitarlo a salir, a dar una vuelta o incluso a estudiar juntos. Sin embargo, al percatarse de que Phylox nunca le prestaría atención, había decidido centrarse en Max.

Este, cuyo ego era alimentado por la cantidad de universitarias a las que se tiraba, se dejaba llevar. No le importaba cómo fueran; solo le importaba que estuvieran disponibles y no esperaran mucho de él.

Max suspiró.

—¿Otra vez viendo fotos de esa tal Sally?

—¿Sally? ¿Quién es esa? —preguntó Julie con el ceño fruncido.

Phylox fulminó a su amigo con la mirada. Sabía lo poco que le gustaba compartir su vida personal, sobre todo si tenía que ver con Sally Stewart.

Así de posesivo era con ella, a pesar de no formar parte de su vida.

—Cariño, ¿por qué no me esperas fuera? Dame cinco minutos.

Julie asintió sin estar del todo convencida. Cerró la puerta y desapareció.

Max se sentó en el borde de la cama de Phylox y le arrebató el móvil. Phylox permaneció impasible. Él, y su otro amigo, Joaquín, lo sabían casi todo sobre él.

A veces se arrepentía de haberse abierto tanto, aunque Phylox también conocía sus secretos más oscuros. Aun así, ninguno de los dos era tan patético como para espiar a una chica a través de las redes sociales.

—¿Te la ibas a cascar mientras mirabas sus fotos?

—¡No! —gruñó Phylox antes de arrancarle el móvil. Lo bloqueó para que no pudiese hacer nada—. ¿Has venido a molestarme o quieres algo?

—Vamos a la fiesta de Jina, ¿recuerdas?

—Sí, sí que me acuerdo. —Phylox se levantó de la cama y estiró la mano para meterse la cartera en el bolsillo del pantalón trasero—. Estoy listo.

Se dirigió hacia la puerta cuando notó que Max no se movía del borde de su cama. Lo miró con extrañeza.

—¿Pasa algo?

—¿Por qué sigues espiando a esa chica?

Phylox hizo el mayor de los esfuerzos por no sonrojarse. No pensaba bajo ningún concepto tocar ese tema. Además, ni siquiera él estaba seguro de cuál sería la respuesta.

—Levántate, nos vamos.

—Hay muchísimas mujeres que se mueren de ganas por follar contigo.

—Y follo con ellas —fue la escueta respuesta de Phylox.

—Pero todas se parecen a esa tal Sally. Si tanto te gusta, ¿por qué no hablas con ella? ¿Tiene novio?

—No.

—¿Ves? La espías.

Phylox estuvo a punto de gruñir. ¿Por qué demonios le apetecía tanto hablar aquella noche? De los tres, Joaquín era

el más parlanchín. Estaba deseando que llegara y los interrumpiera.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque eres mi amigo, y casi todas las noches te pones a ver sus fotos. —Max se levantó de la cama—. ¿Quieres que te recuerde esa noche que bebiste y...?

—Cállate —le gruñó antes de abrir la puerta de la habitación—. Sal. Julie te espera.

Max entornó los ojos y perdió parte de la bravuconería que había mostrado al principio.

—Esa chica no me deja en paz.

—Haberlo pensado mejor antes de acostarte con ella.

—¡Está buena!

—Que sepas que en la fiesta de Jina estarán Alice y Stephanie.

Los ojos azules de Max se abrieron por completo antes de negar con la cabeza y retroceder un paso. Phylox contuvo una sonrisa. Su amigo parecía bastante aterrado. Eso le pasaba por acostarse con todas las mujeres que conocía, sin importarle si eran amigas o conocidas entre ellas. Ver la posible situación que se desarrollaría en la fiesta era una de las grandes razones que lo motivaban a asistir.

—¿Por qué no me has avisado antes? Ni de coña voy allí.

—No puedes negarte; Julie está esperándote.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de la habitación. Phylox le sostuvo la mirada a Max antes de abrir.

Era Joaquín.

Vio que tenía la camisa blanca manchada de una salsa que olía especialmente fuerte. Unos vaqueros claros complementaban su apariencia y contrastaban con el tono tostado de su piel.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó Max antes de señalarle con la mano.

El aludido se encogió de hombros.

—Venía comiéndome una empanada. Phylox, ¿me dejas una camisa?

—Te va a quedar enorme —señaló Max—. Phylox es el doble que tú.

Phylox suspiró y fue hasta el armario. Cogió la primera camisa que vio y se la tendió.

—Toma.

—Gracias, tío. Tenía muchísima hambre. Y en las fiestas de Jina apenas hay comida. —Mientras se quitaba la camisa manchada y la dejaba a un lado, sus oscuros ojos fueron de uno a otro—. ¿Qué hacéis los dos aquí encerrados?

—Phylox espiaba a esa chica de su pueblo.

—¿Otra vez? —Joaquín negó varias veces con la cabeza—. Phylox, déjala en paz.

—Técnicamente, eso es lo que hago. Ella no lo sabe —Le guiñó un ojo ante su lógica.

Max soltó una carcajada. Joaquín permaneció serio. Ambos eran opuestos en personalidades. El primero se comportaba como un niño en el cuerpo de un adulto; el segundo meditaba cada una de sus acciones y vigilaba a sus dos compañeros. Se complementaban, aunque Phylox seguía sin saber muy bien en qué parte de la ecuación encajaba él.

—Tiene novio.

—Tenía. Ha borrado las fotos —dijo Phylox antes de ir hasta Max y empujarlo—. Mueve el culo. Te espera Julie.

Un par de horas más tarde, los tres se marcharon de la fiesta de Jina para acercarse a un restaurante de comida rápida.

Joaquín conducía con el brazo sobresaliendo por la ventanilla. El fresco aire nocturno impactaba en sus rostros. Alguna que otra vez le dirigía una burlona mirada a Max, quien no había salido especialmente bien de la fiesta. Cuando Anne y Stephanie lo vieron aparecer junto a Julie, la fiesta se acabó para él. Max se mantuvo alejado de las tres. Se ocultaba en cualquier esquina o habitación, con un vaso repleto de bebida y el miedo llameando en sus ojos. Iba a ser una de las primeras noches en las que no se follaría a ninguna universitaria.

Phylox había conocido a Marlene, una chica griega de intercambio que le recordaba bastante a Sally. Y por esa misma razón había aceptado verse al día siguiente con ella. Esperaba que sus insinuaciones hubiesen sido suficientes como para que ella supiera que no volverían a verse más que una vez.

Phylox solo buscaba sexo. Y esperaba que ella también.
Max suspiró.

—Vaya mierda de noche.

—Eso te pasa por no pensar con la cabeza —le dijo Joaquín antes de aparcar en uno de los pocos sitios libres que había.

Phylox contuvo una sonrisa.

—Deberías centrarte en mujeres de fuera de la universidad. No se conocen entre ellas y es más fácil.

Tanto Joaquín como Max lo miraron sorprendidos. Este se encogió de hombros antes de quitarse el cinturón de seguridad. A él le había ido bien actuar de esa forma.

—Vamos; me muero de hambre.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —saltó Max al salir del coche.

—Lo he hecho, pero me has ignorado.

—¿Qué demonios os pasa a vosotros dos que huis de las relaciones serias? Yo fui muy feliz cuando salía con Martha.

Los tres se dirigieron hacia el restaurante de comida rápida. Apenas había gente a esas horas de la noche, razón por la cual no habían podido ser muy selectivos a la hora de escoger un sitio donde saciar su apetito. La decoración era simple y escueta: apenas un par de plantas sobre el suelo y fotografías sobre paisajes y lagos.

—Yo soy demasiado joven para tener novia. —Max se estremeció, como si el simple hecho de pensarlo lo atemorizara—. Siempre con la misma tía...

Joaquín achicó los ojos mientras observaba a Max. Phylox supo de inmediato que nada bueno saldría de su boca.

—Yo creo que lo que te aterriza es que ninguna quiera estar contigo de verdad.

Max frenó en seco.

—¿A qué te refieres?

Phylox se interpuso entre ambos y los instó a continuar. Los dos permanecían callados, perdidos en sus pensamientos mientras Phylox pedía su comida. Una camarera bastante guapa, Susie, o eso era lo que ponía en una pequeña chapa que colgaba de su pecho, le dio el recibo de su pedido junto con su número de teléfono escrito en la parte de atrás.

Él la miró y alzó una ceja.

Ella se sonrojó.

—Os llevo la comida en cuanto esté preparada.

Max y Joaquín pidieron la suya y se sentaron en la primera mesa libre que encontraron.

Phylox se percató de que sus compañeros ojeaban sus móviles. Él sacó el suyo y vio un mensaje de Marlene, la chica con la que se vería al día siguiente. Decidió responder más tarde. Después de todo, no quería que se hiciera una

imagen equivocada de él. Si mostraba más interés del necesario, podía confundir sus intenciones.

Apenas fue consciente cuando sus dedos se movieron sobre la pantalla y vio el perfil de Sally Stewart... en privado.

Maldita sea, ¿por qué lo había cambiado de público a privado? Sus dedos apretaron el móvil hasta volverse blancos. Una súbita rabia lo embargó, y murmuró una maldición en ruso antes de dejar el dispositivo sobre la mesa del restaurante.

Max lo miró con confusión.

—¿Va todo bien? ¿Es tu madre?

—No —gruñó Phylox—. No es nada.

Joaquín jugueteaba con su corto bigote negro mientras sonreía. El muy cabrón debía de conocer la razón que lo había puesto de mal humor.

—Es Sally, ¿a que sí?

Max deslizó su móvil a un lado y alzó una ceja.

—¿Qué demonios tiene que ver Sally en todo esto?

—Si dejaras de ser tan egocéntrico, te habrías percatado de que solo hay una cosa que cabree a Phylox.

—Cállate —le gruñó este.

Max abrió los ojos por completo y asintió. Phylox echó una ojeada a la camarera. ¿Cuánto tiempo tardaría en traer la comida? Lo que menos le apetecía en ese momento era hablar sobre Sally. Su nostalgia se volvía más asfixiante y pesada durante la noche, cuando hasta su mente llegaban los recuerdos de su infancia y parte de su adolescencia.

La imagen de Sally apareció en su cabeza. La había visto muy guapa en la foto junto a la rubia; sonriente, feliz, con la melena larga y unos carnosos labios imposibles de ignorar. Estaba seguro de que serían suaves y esponjosos y sabrían a cerezas; a ella siempre le había gustado ese sabor, y de pe-

queña solía llevar colonia de cereza. Ofrecía una imagen encantadora y dulce.

A pesar de lo tranquila y sosegada que pudiese parecer en la foto, en su interior se desataba una tormenta.

Una tormenta que arrasaba contra todo aquel que se ponía en su camino.

Porque ella era así: fuerte, decidida y valiente. Nada le asustaba.

Él la conocía. Mejor que nadie. Su carácter era uno de los muchos atributos que la hacían resultar irresistible.

—Déjame adivinar —murmuró Joaquín, retorciéndose el bigote con las yemas de los dedos—. Ha puesto su perfil en privado.

—¿Cómo es posible que siempre lo sepas todo? —preguntó Max sin ocultar su sorpresa.

—Me dedico a observar. —Joaquín se aclaró la garganta—. Phylox, deja de esconderte en las sombras y habla con ella. No tienes nada que perder.

—Me odia —soltó él sin ocultar su rabia. Apretó los dientes e intentó controlar su respiración, que se había vuelto irregular y rápida.

—¿Cómo sabes que te odia? —Max parecía confundido.

—Ha intentado ponerse en contacto conmigo. —Phylox se encogió de hombros, pues sabía que sus siguientes palabras no tenían justificación—. En la última visita de mi madre a Valley's Moon, Sally se acercó para preguntarle por mí.

Joaquín sonrió y se estiró para darle una palmada en la espalda.

—¡Pero eso es bueno! Está interesada en ti.

—Lo *estaba* —recalcó Phylox.

Un corto silencio los rodeó durante los siguientes segundos. Sus dos compañeros procesaban la información que

acababa de darles, sin entender del todo la situación. Los vio tan perdidos que estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿A qué te refieres? —Max sacudió la cabeza—. Phylox, nada de lo que dices tiene sentido.

—Le pedí a mi madre que no le diera ni mi número de teléfono ni mi correo electrónico.

La camarera llegó en ese momento con la comida. Era Susie, la que le había dado su número de teléfono. Una simpática sonrisa decoraba su rostro antes de dejarlo todo sobre la mesa. Era increíble la facilidad con la que llevaba la bandeja a pesar de lo delgada que estaba.

A la chica apenas le hizo falta echarles un rápido vistazo para dejar el pedido de los tres e irse con rapidez. Ni siquiera Max le miró el enorme escote que mostraba.

Cuando volvieron a quedarse a solas, Joaquín fue el primero en hablar.

—No entiendo nada.

—No hablaré con ella hasta que acabe la universidad.

—¿Y eso por qué? —Max bufó y cogió su hamburguesa—. Joder, Phylox. Eres raro de cojones.

—Puedes mantener el contacto con ella y verla en las vacaciones. Luego...

—No. —Phylox fue tajante con su respuesta—. No hablaré con ella ni regresaré al pueblo hasta que acabe la universidad.

—¿Tiene esto algo que ver con lo de tu padre? —Joaquín le dio un trago a su botella de agua—. Phylox, no eres él. Que regreses...

—No quiero seguir hablando del tema.

Acostumbrados a esa respuesta, los dos asintieron antes de comenzar a comer. Cambiaron de tema con rapidez y se centraron en la mala noche que Max había pasado a causa

de Julie, Anne y Stephanie. Las tres lo habían perseguido por la fiesta. Le habían exigido una explicación. Al parecer, eran buenas amigas, y no se habían tomado nada bien que él jugara a tres bandas. Aquello entretuvo a Phylox durante unos minutos antes de sumirse en sus pensamientos.

Ninguno de ellos dos era capaz de entenderlo. Por eso no se molestaba en profundizar sobre las razones que lo llevaban a permanecer alejado de Sally. Ambos habían disfrutado de una figura paternal fuerte y sólida. Desconocían lo que era sentirse perdido sin nadie en quien apoyarse, sin nadie a quien seguir.

Su núcleo familiar no había sido tradicional, tampoco cálido.

Para Phylox regresar no era una opción. Al menos hasta que se demostrara a sí mismo que no era como su padre, Dennis. ¿Quién podía asegurarle a Phylox que no acabaría dándose a la bebida, como su padre, si partía a Valley's Moon con las manos vacías?

Además, no era suficiente. No era lo que Sally necesitaba, ni tampoco lo que él quería.

Tal decisión tendría importantes consecuencias. La primera, que Sally lo odiaría. La conocía lo suficiente como para saberlo. Incluso quizá no querría volver a saber de él. Y no podría culparla. Pocas personas entenderían los motivos que lo llevaban a actuar así.

Además, ella misma había experimentado el rechazo en sus propias carnes. No le sentaría nada bien que él también se apartara de ella.

Con el corazón en un puño, se reafirmó en su posición.

Sí, eso haría. Seguiría con los mismos objetivos que se planteó al abandonar Valley's Moon. Terminaría la universidad y regresaría cuando fuera alguien. Cuando su ámbito

profesional le permitiera ser independiente y la sombra de su padre desapareciera. El tiempo pasaría y todos dejarían de recordarlo como el débil hijo de Dennis el borracho.

Y ese sería el momento. Phylox regresaría por ella.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

2

EN LA ACTUALIDAD

—Vas a pagármelas, Brendan Riley. Te vas a enterar —murmuró Sally desde su vehículo, agarrando el volante con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. A pesar de mantener la vista clavada en el firmamento anaranjado, pues había aparcado en el parking del pub Willis Club, solo conseguía ver una y otra vez el rostro de su hermana, ensombrecido por la traición y el dolor.

Era el momento.

Tenía que actuar. En poco más de una hora anochecería: el cielo ya estaba adornado con aquellos tonos dorados y malvas propios del crepúsculo. La vegetación solo conseguía darle un aspecto más desolador, frío.

Ahora o nunca, Sally.

Salió de su vehículo con determinación y se encaminó hacia el Willis Club a paso ligero. Se trataba de uno de los locales más frecuentados por la población joven de Valley's Moon, incluyendo entre ellos a la basura de Brendan Riley.

Sally sentía que su cuerpo estaba dominado por la rabia y la impotencia. Pero pensaba ponerle solución, y convertiría aquella sensación en un mal recuerdo.

Abrió una de las puertas de cristal, alzó la cabeza y buscó entre la multitud la familiar cara de Brendan. La barra de caoba estaba ocupada por muchísimos cuerpos masculinos

que pedían cerveza, atentos a las varias pantallas que mostraban peleas de la UFL, la Ultimate Fighter League, y boxeo. En sus comienzos, el Willis Club había sido frecuentado solo por hombres. Poco a poco, el número de mujeres había aumentado, aunque solía ser una minoría.

Reconoció al grupo de amigos donde debería de estar su víctima.

Avanzó varios pasos, demasiado furiosa como para percatarse de las miradas curiosas que la seguían.

Debido al sonido del bar, nadie oía el nervioso golpeteo de sus zapatos contra el parqué, ni los acelerados latidos de su corazón.

Se acercó a la barra y cogió con precisión una jarra de cerveza. Ignoró la queja del consumidor, y avanzó con paso seguro hacia el grupo. Vislumbró la dorada cabeza de Brendan con una gorra de los Patriots, uno de los equipos de fútbol americano. Su pandilla estaba concentrada en una pelea de artes marciales mixtas. Distraídos, vociferando en la parte más alejada.

Era la ocasión perfecta.

Colocada justo detrás de él, vertió el contenido de la cerveza sobre su cabeza. Brendan exclamó una maldición antes de apartarse bruscamente. Sin embargo, su gorra y parte de su ropa quedaron mojados de cerveza. Una sensación parecida a la euforia recorrió a Sally al verlo mojado y perplejo. Una enorme sonrisa surcaba su rostro mientras lo contemplaba.

Sus amigos se dieron la vuelta con rapidez. El local se sumió en un tenso e incómodo silencio.

Todas las miradas estaban puestas en ella, incluso escuchó a alguno que otro susurrar su nombre.

El hombre se llevó una mano a la cabeza antes de mirarla.

—¡Demonios, Sally! ¿Qué coño haces? —gritó antes de quitarse la gorra y tirarla al suelo con rabia.

—Eres un asqueroso cerdo machista, Brendan —murmuró impasible—. Te mereces esto y mucho más. Agradece que no haya podido pillar un taco de billar para darte con él en esa dura cabeza que tienes. No te acerques a Rosie, ¿te enteras? Si vuelves a acercarte a ella... —Sally apretó los dientes, en un vago intento por controlar su ira—. Malnacido —susurró antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la salida.

Ignoró las miradas de sorpresa de los demás, incluso la del mismo Will, el dueño del local y amigo lejano de sus padres.

Había hecho lo que se esperaba de ella. Rose era su hermana pequeña, y Brendan se había aprovechado de su inexperiencia con el sexo masculino. Aún recordaba el rostro de Rosie la noche anterior, pálido, acongojado, sonriendo con debilidad antes de asegurarle que todo estaba bien y dirigirse a su habitación. Sarah, la mejor amiga de su hermana, había sido la encargada de contarle lo sucedido, a pesar de que la amistad entre ambas no se encontraba en su mejor momento.

Desde el principio, Sally se había negado tajantemente a que Rosie saliera con Brendan. Era conocido en el pueblo por sus malas maneras a la hora de tratar a las mujeres. Además de sus continuas borracheras en los bares. Aun así su hermana era ya toda una mujer, podía hacer lo que le daba la gana, e incluso tenía que tomar decisiones erróneas para aprender, pero para Sally... seguía siendo su niña pequeña.

No podía verla sufrir sabiendo lo sucedido y quedarse de brazos cruzados.

Una suave brisa veraniega le acarició el rostro al salir al exterior. No fue hasta ese momento que se percató del aleteo de su corazón y del temblor de sus manos. Sin lugar a

dudas, tirarle aquella cerveza había sido una de las experiencias más emocionantes desde hacía mucho tiempo.

Sally buscó las llaves del vehículo en el bolso oscuro e ignoró la vibración del móvil.

Rosie la estaba llamando.

—Joder —bramó al no encontrar las llaves. Tenía que largarse de allí o se metería en un buen lío.

Rebuscó con insistencia y miró varias veces a sus espaldas. Brendan era un hombre corpulento, y con total seguridad no desperdiciaría la oportunidad de demostrarle lo poco que le había gustado su comportamiento. Pocos se atrevían a tirarle una cerveza encima sin esperar a cambio un buen puñetazo.

Supo que con ella no llegaría hasta tal extremo, pero aun así...

Esperaba que los rumores que lo seguían no fueran ciertos. No solo se comentaba que había pegado a su anterior pareja estando ebrio, sino que tras haberse enterado de que estaba embarazada, tomó cartas en el asunto para dar aquel capítulo de su vida por finalizado.

—Vamos, Sally, vamos... —Metió la mano en uno de los bolsillos laterales y las encontró—. ¡Oh, menos mal!

Sacándolas, las metió en la cerradura cuando una mano la agarró del hombro y le hizo darse la vuelta con brusquedad.

Era Brendan.

Se había secado el rostro, pues no había ni rastro de cerveza. La camiseta blanca que llevaba estaba totalmente manchada, al igual que los desgastados vaqueros. A juzgar por la forma en la que le temblaba un músculo de la mejilla, debía de estar irritado. Le sacaba más de una cabeza, y sus amigos esperaban a sus espaldas, impidiendo que nadie la viera.

Los oídos comenzaron a pitarle al mismo tiempo que su cuerpo le pedía que huyera de allí.

Sally cogió aire y alzó la cabeza.

—Quítame las manos de encima —le ordenó con voz fría.

—Sally, Sally, Sally... ¿Quién coño te crees que eres? —El contacto se hizo más fuerte. Sally se mordió la lengua para no gemir de dolor cuando los dedos se clavaron con más insistencia en su carne—. ¿Te crees que vas a irte de rositas después de lo que has hecho? —La zarandeó con poca suavidad—. Vienes por Rosie, ¿no? No le hice nada a tu hermana... Nada que ella no quisiera.

El grupo de atrás soltó unas risitas. Un brillo triunfante apareció en la mirada de Brendan. Sabía que había tocado uno de sus puntos débiles.

Otra oleada de ira la invadió.

Sally comenzó a verlo todo rojo. Sin pararse a pensar, le abofeteó. Las risas pararon al instante. Alguien maldijo por lo bajo. Los ojos de Brendan pasaron a ser fríos, y su rostro adquirió un semblante serio que le impedía prever su próximo movimiento. Ya no eran niños, y Brendan no se caracterizaba por ser pacífico y paciente. Actuaba sin pensar, y eso lo convertía en alguien muy peligroso.

Sally hizo el amago de subirse a su coche cuando una mano la cogió del cuello.

Cuando la tuvo frente a él, Brendan presionó el pulgar sobre la tráquea. Supo justamente dónde apretar para que ella comenzara a toser. Demonios, aquello era doloroso, y encima le costaba respirar. Sin embargo, por la forma en la que la agarraba, podría parecer a lo lejos que ambos eran una pareja haciéndose carantoñas.

—Deja de meterte donde no te llaman, Sally Stewart.

Sally parpadeó cuando sus ojos se volvieron acuosos. Se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar... y si había sido una muy mala idea echarle por encima una cerveza. Ciertamente era que conocía su impredecible temperamento y su largo historial de violencia, pero había descartado que fuera capaz de ponerle las manos encima.

Al parecer, estaba equivocada, pues aquellos anchos dedos que apretaban su tráquea aumentaron la presión. Apenas le permitían coger una pequeña bocanada de aire, y Sally sentía los pulmones colapsados. Con esfuerzo, llevó sus manos hasta los dedos de él y tiró de ellos.

—Mírate, tan guapa y valiente. Si fueras una de esas chicas a las que me tiro en la parte trasera del coche, estarías ahora mismo suplicándome que te soltara, pero no. —Brendan sacudió la cabeza con aire sorprendido—. Tú eres diferente a todas ellas. Creo incluso que no me temes nada. Y eso es algo que me gusta de ti.

Brendan disminuyó la presión cuando ella hizo ademán de hablar. Apenas pudo soltar un quejido.

—Man... mantente... alejado de... mi... hermana —le ordenó con voz ronca.

Una estruendosa carcajada brotó del amplio pecho masculino. Sus compañeros, que esperaban a sus espaldas, se rieron. Los claros ojos de Brendan la contemplaban con admiración, y sus dedos ya no apretaban. No, la estaba acariciando.

—Recuérdame por qué tú y yo no estamos juntos.

—¡Brendan, suéltala! —vociferó una violenta voz masculina. Como si de un resorte se tratara, los dedos masculinos se aflojaron.

Sally espiró cuando se vio liberada. Su cuerpo se deslizó hasta el suelo, y apoyó la espalda contra el coche. No reco-

noció la voz del hombre que había intervenido, pero esperaba que fuera suficiente para que Brendan la dejara volver a casa.

No había medido bien las consecuencias a la hora de meterse con Brendan.

Su pecho se movía con agitación, y cada exhalación le provocaba una desagradable quemazón en la garganta. Tosió varias veces, y deseó tener una botella de agua que le aliviara. Sentía que un desierto se había instalado en su pecho, seco y caluroso. Aturdida, se mantenía alejada de la conversación que se desarrollaba.

—Esto no va contigo, Phy... —Sally no pudo escuchar el resto.

Mareada, se apoyó contra una de las ruedas de su coche y vio a duras penas lo que sucedía.

Un hombre mucho más alto y corpulento que Brendan lo empujaba en dirección opuesta a ella. Parecían discutir, aunque el amante de su hermana alzaba las manos e intentaba quitarle hierro al asunto. Aquello le pareció extraño, pues Brendan pocas veces se mostraba cauto o rehuía una pelea.

El resto de los compañeros observaba al recién llegado, y aunque Sally solo distinguía su ancha espalda, se anotó mentalmente darle las gracias por haber intervenido. Dudaba que Brendan se hubiese propasado con ella, pero sí sabía que la habría hecho sufrir antes de dejarla marchar.

Así era él. Narcisista, frío y despiadado.

—Idos, inmediatamente —les ordenó con voz fría el desconocido.

Asintiendo, Brendan le echó una última mirada a Sally antes de volver al interior del local a paso lento. Le guiñó un ojo antes de entrar, y todo lo que ella pudo hacer como respuesta fue escupir al suelo.

Su garganta ardió y ella gimió.

Sally intentó echarse hacia atrás los mechones de cabello que le impedían ver a su salvador, pero solo consiguió sofocarse. Su cuerpo todavía temblaba a causa del susto, y odió mostrarse tan débil. Siseó ante la inesperada sensación de dolor que la recorría cada vez que respiraba. Se dijo que con un par de pastillas volvería a encontrarse bien al día siguiente, o al menos eso esperaba.

Apoyó las manos en la superficie de arena y vio los vaqueros negros del hombre y sus oscuros zapatos.

Él avanzó hacia ella y se agachó hasta estar a su altura, echándole con cuidado el pelo hacia atrás. De esa forma, ella pudo ver la camiseta azul marino que llevaba y un cuello con algunos tatuajes cuyas siluetas no pudo distinguir. Siguió avanzando hasta el rostro.

Sus ojos se abrieron repentinamente al reconocerlo.

—Phy... Phylox —murmuró con voz temblorosa. Sintió un intenso escozor en los ojos—. Phylox Lee. ¿Eres tú?

Los ojos del que había sido su mejor amigo durante la infancia brillaron ante la emoción contenida. Del mismo color que un día nublado con motas verdes, la mirada que le devolvía transmitía preocupación.

—Soy yo, Sally. —Su voz era suave como el terciopelo, pero con un matiz oscuro y ronco—. Demonios, miles de posibilidades han cruzado por mi mente al verlo salir detrás de ti. Déjame que te ayude a incorporarte, nena.

Colocó uno de los brazos de ella alrededor de su cuello y cargó sus piernas con el otro. Luego la alzó.

Estando tan cerca de él, Sally pudo comprobar que poco quedaba del niño con el que ella se había criado. Tenía el pelo castaño casi al rape por los laterales, pero a medida que llegaba al tope de la cabeza, los mechones eran más largos

hasta tener el flequillo hacia atrás. Se preguntó cuándo había cambiado tanto Phylox, cuándo se habían vuelto tan viriles y agresivos sus rasgos.

Pero hubo algo que la dejó en *shock*. Tenía bastantes tatuajes.

—Phylox...

—Te llevo a casa. Vas a ir de copiloto; conduciré yo —ordenó con voz suave, y la llevó hasta la otra puerta. Antes de abrir, la estudió minuciosamente—. ¿Debería llevarte a un hospital?

—No, joder, no. —Ella tosió y tragó saliva—. Llévame a casa.

—¿Sigues viviendo con tus padres? —preguntó con voz queda, y abrió la puerta para colocarla con mucho cuidado en el asiento.

Ella gimió y negó con la cabeza.

—No, vivo justo en la cara sur del lago Moon —murmuró.

Phylox cerró la puerta y fue hasta ponerse de piloto. A duras penas, Sally vislumbró la enorme figura de su cuerpo y aquel andar tan felino y grácil. Parpadeó varias veces, confundida. ¿Qué hacía en el Willis club? Estaba segura de que a Odette no le haría ni pizca de gracia.

Una vez dentro, Phylox echó el asiento hacia atrás para que sus largas piernas cupieran.

Sally se permitió echarle una ojeada antes de preguntarse por qué demonios había vuelto a Valley's Moon después de quince años.

Desde luego, era todo un hombre. Alto, muy alto, debía de rozar el metro noventa. Cada poro de su enorme cuerpo despedía peligro y fuerza, nada que ver con el niño tímido y callado cuya mirada siempre había estado clavada en el suelo.